

## “El Abecedario” de Yúsuf Benaxeij el malagueño

### 1.—Semblanza del autor (1)

**T**IPO singular, de características al parecer inconciliables, es el autor de este libro peregrino. Su psicología ofrece, en efecto, los rasgos tradicionales del ingenio meridional y del gracejo andaluz, que brillan en sus poesías, cuentos y chistes, a la vez que las dotes privativas del erudito culto y minucioso, que recoge en su libro con curiosidad inagotable y escrupulosa solicitud un copioso caudal de noticias, hechos e ideas, pertinentes a todas las ramas de la enciclopedia de su tiempo. De familia opulenta (2), no consume sus días en el ocio que su posición le

---

(1) Las fuentes aprovechadas para esta biografía son: *Tecmila* de Benalabar (*Bibl. Arab. Hisp.*, edic. Codera, tomo VI), biogr. 2089; *Tecmila* complementaria, edic. Alarcón y Palencia (*apud* “Miscelánea de estudios y textos árabes”, Madrid, 1915), págs. 593-594; Brockelmann, *Geschichte der arab. litter.*, I, 310; Haji Khalfae *Lexicon*, I, 405, núm. 1138. Pero la fuente principal es el libro mismo del autor, lleno de noticias autobiográficas, que citaremos en cada caso con su título árabe *Alif Ba* (edic. Cairo, 1287 hégira).

(2) Su nombre completo es Abulhachach Yúsuf ben Mohámed el Balawí, más conocido por su apodo de *Benaxeij*, tradicional en la familia. Este sobrenombre significa “el hijo del jeque” y no es fácil presumir cuándo lo tomaron sus ascendientes ni en qué acepción, de las varias que tiene la voz *jeque*, haya que entenderlo. No fué tampoco tal apodo exclusivo de su familia, pues otras varias de Córdoba y Levante lo usaron. Cfr. *Abenpascual*, biogr. 254, 443, 1189.

brinda, ni en los placeres y el lujo, a que le da derecho su fortuna. La educación religiosa recibida en la infancia infunde en su alma un sentido austero de la vida, limítrofe del misticismo, que se revela en cada página de su libro en sentencias del ascetismo más puro y de la religiosidad más profunda y reflexiva. Con igual desenvoltura analiza un hecho social, que un texto gramatical; un fenómeno físico, que un problema fonético o semántico; una cuestión teológica o jurídica, que un tema literario o lingüístico. La actividad más variada ocupa sus horas. La vida doméstica ofrécele inspiración y asunto, en sus más triviales pormenores, para jocosos epigramas o epístolas literarias. El estudio, la enseñanza y la redacción de sus obras no le impiden viajar como turista y pelear como soldado. El trabajo manual no es para él desdoro, a pesar de su opulencia, cuando lo pone al servicio de la religión o de la beneficencia pública. Veinticinco mezquitas construyó a expensas de su propio peculio, trabajando a menudo en ellas con sus manos, y más de cincuenta pozos abrió asimismo en la ciudad a costa suya. El desprecio que el mundo le merece, no sólo en sus escritos lo proclama, sino también en la modestia del vivir cotidiano y hasta en lo burdo y basto de la ropa que viste.

Nace el año 527 (1132 de J. C.) en Málaga, y en ella muere también el 604 (1207), a los setenta y siete de edad. Su vida se encuadra, pues, en los dos últimos tercios del siglo XII de nuestra era, época del dominio almohade. Benaxeij, niño, es testigo de uno de los períodos de más aguda crisis del poderío islámico: la reconquista cristiana está a punto de derrocar el imperio almorávide, cuando Alfonso I de Aragón llega a las costas malagueñas en audaz correría y Alfonso VII de Castilla invade Andalucía pocos años después, y los musulmanes españoles buscan en los almohades protección que pronto se les convierte en dominio político. Málaga hubo de ser de las primeras plazas que les abrie-

ron sus puertas, y ya durante la larga vida de Benaxeij la ciudad gozó de una tranquilidad relativa para aquel agitado período, pero suficiente para permitir el florecimiento en ella de las artes de la paz.

Cuna de Avicebrón el filósofo, un siglo antes, y de Abenalbeitar, el botánico, un siglo después, Málaga cultivó las letras sagradas y profanas del islam con esplendor mayor todavía que las ciencias. La filología, en todas sus ramas (fonética, lexicología, semántica, gramática, métrica e historia literaria), era la base de la formación de la juventud, no tanto como medio de lograr un porvenir profesional, cuanto como instrumento de cultura general. Benaxeij se inició en tales disciplinas con varios maestros que sus biógrafos enumeran (1). De todos ellos, dos destacan por su singular dominio en las mismas, malagueños también de nacimiento: Abulcásem Abderrahman el Sohailí, así apodado por ser su familia oriunda de Sohail, hoy Fuen-girolá (2), y Abuabdala Mohámed ben Alfajar, más conocido por este último apellido ("el hijo del alfarero") que debía a sus antepasados, oriundos de Valencia (3). Ambos lograron fama extraordinaria de filólogos por su maestría en la enseñanza oral y por sus obras.

El primero, nacido en 509, diez y ocho años antes que Benaxeij, quedóse ciego a los diez y siete de

(1) Aparte de los dos principales que separadamente mencionamos en el texto, Benaxeij da también como maestros suyos a los siguientes: 1.º Abumohámed Abdelwahab ben Alí, el Caisí, cordobés, que hizo la peregrinación a la Meca el 573, estudió con Abutáhir el Silafí en Alejandría y murió en un naufragio en Chedda el 575. Cfr. *Tecmila*, b.<sup>a</sup> 1792, y *Alif Ba*, I, 48, 323, 387, 429; II, 28, 415. 2.º Abuishac Ibrahim b. Mohámed, el Himyari, de apodo Abencarcul, literato y tradicionista almeriense que vivió en Málaga hasta el 564, en que pasó a Marruecos, muriendo en Fez el 569. Cfr. Abenalcadí, pág. 86, y *Alif Ba*, I, 6.—El autor de la *Tecmila* (edic. Alarcón, *supra cit.*) menciona otros maestros menos importantes.

(2) Cfr. *Tecmila*, b.<sup>a</sup> 1613 y *Alif Ba*, I, 84.

(3) Cfr. *Tecmila*, b.<sup>a</sup> 836 y *Alif Ba*, I, 24, 434; II, 444.

edad; pero su desgracia no fué obstáculo sensible para la erudición portentosa que con paciente estudio conquistó: una historia del islam primitivo, clásica como libro pedagógico, redactó sobre la base de más de ciento veinte obras, consultadas como fuentes. Apenas si se concibe la posibilidad de empresa tamaña en un ciego, sin una enorme memoria y un método, difícil de adivinar, en la técnica de la investigación y síntesis históricas. Gran filólogo, además, lexicólogo y poeta, sus dotes excepcionales llaman la atención del segundo sultán almohade, Abuyacub Yúsuf, que oficialmente reclama sus servicios docentes en Marraquex, corte del imperio, y allí, consagrado a la enseñanza, muere el año 581 (1185 de Jesucristo).

El segundo, Ben Alfajar, era notario público de Málaga, donde ejercía su profesión en la puerta llamada de Fontinela, junto al arrabal de este nombre, al Noreste de la ciudad. Sus biógrafos ponderan el singular dominio que poseía de la lengua árabe y de la literatura clásica, al par que su amplia cultura en las disciplinas histórica y jurídica, ayudada de una prodigiosa memoria que le permitía recordar fielmente y con prontitud no superada cualquier texto del voluminoso repertorio de tradiciones proféticas de Móslim, titulado *El Sahih*, y de otras obras de consulta. Igual que El Sohailí, Ben Alfajar consagróse a la enseñanza, así en Málaga como en Marraquex, adonde también fué llamado por el sultán. Murió el año 590 (1193) a los setenta y nueve de edad.

Otros maestros, según dijimos, concurrieron a la formación literaria de Benaxeij, que él mismo cita en su *Abecedario*; pero los dos aludidos bastan a fijar, por sus dotes, el tono de aquélla. De una parte resalta el carácter, principalmente erudito y filológico, que la cultura hispanoárabe revestía a la sazón, pasado ya el período brillante, de relativa pero auténtica originalidad, correspondiente al califato cordobés y a los reinos

de taifas. Como en toda época de declinación cultural, la literatura vive ya de recuerdos y de imitaciones. Agotada la vena de la inspiración y de la inventiva, la erudición se apodera del tesoro de los siglos pasados para organizarlo en centones, y los poetas, enfriado el fuego de la emoción sincera, se entretienen con juegos pueriles de forma, atormentando las combinaciones de la rima y del metro para revestir con apariencias poéticas los más triviales y prosaicos asuntos. El enigma o adivinanza infantil y la descripción enrevesada de los sucesos cotidianos y de las cosas vulgares llenan, sin más alta aspiración, todos los anhelos del poeta. El lexicólogo se sobrepone, por otra parte, al pensador: la forma gramatical de las voces y frases, analizada escrupulosamente, merece del escritor atención principal, si no exclusiva. Y si a las veces fija la mente en los problemas filosóficos, sociales o teológicos, es más para transcribir las soluciones que otros le dieron, que para repensarlos y discutirlos con criterio personal. Todas estas características del siglo en que florece Benaxeij, tan semejantes a las del período alejandrino de la literatura helénica, verémoslas plasmadas luego en las páginas de su *Abecedario*. Pero dentro del tono decadente de su siglo, la cultura hispanoárabe ofrece, sin embargo, un cierto relieve de superioridad, con relación al resto del islam occidental. Ya hemos visto, en efecto, cómo los sultanes almohades llamaban a su corte africana para maestros oficiales a dos eruditos malagueños. El cetro de la filología, lo mismo que el de las ciencias filosóficas y de la medicina, estaba, pues, en manos de españoles y no de africanos; Abentofáil y Averroes gozaron, de parte de los sultanes almohades, el mismo predicamento que los dos maestros malagueños de Benaxeij. Y si éste no fué distinguido con los honores de maestro oficial cortesano, sin duda sería debido a que su fortuna personal le permitió una mayor independencia económica.

Por eso también su vida se deslizó llana y holgada, estudiando por gusto, enseñando, pero particularmente y sin salir del círculo de sus familiares y amigos, y escribiendo poesías, principalmente por mero deporte. La ambición de la fama literaria no le acució con demasía, como estímulo para sus obras. La sinceridad con que confiesa las fuentes de su erudición y el desenfado que, según veremos, pone en sus ideas sobre la originalidad y el plagio, acreditan, en efecto, su modestia. Sedentario y casero, Málaga, su familia y sus amigos llenaron, al parecer, toda su ambición. Una sola ciudad andaluza, Sevilla, aparece citada en su *Abecedario* como lugar accidental de residencia por razón de estudios (1). Y en edad madura, sexagenario ya, el deber religioso de la guerra santa hízole tomar las armas y abandonar su hogar en varias de las expediciones del sultán Almansur Yacub contra Alfonso VI, siendo muy probable que asistiera, el año 592 (1195 de J. C.), a la célebre batalla de Alarcos, fatal para las armas cristianas (2).

Otro precepto religioso, el de la peregrinación, habíale también sacado de su patria en sus años juveniles. El 560 (1164), a los treinta y tres de edad, pasaba el Estrecho y desembarcaba en Ceuta para emprender por tierra su viaje. Bugía, Alejandría y Meca fueron las tres etapas de esta peregrinación que en su *Abecedario*

(1) Cfr. *Alif Ba*, I, 60. Es probable que el propósito de su viaje fuera el iniciarse en la vida espiritual, bajo la dirección del famoso asceta y poeta místico Abuimrán Musa ben Imrán el Caisí, de Mértola, que residía en Sevilla, apartado del mundo, sin salir de la mezquita Arradi durante los últimos veintidós años de su vida. Había sido maestro del místico murciano Abenarabi. Sus poesías ascéticas, que Benaxeij cita y pondera a menudo, se coleccionaron en un *Diván*. Murió el 604 a los ochenta y dos años de edad. Cfr. *Tecmila*, b.<sup>a</sup> 2147; *Alif Ba*, I, 23, 26, 153, 155, 389, 393, 398, 452-454 y 489; Asín, *El Islam cristianizado*, 41, 42, 48.

(2) Cfr. *Tecmila*, loc. cit.

consigna (1). Hoy se concibe difícilmente, por la rapidez y comodidad de las comunicaciones, la compleja finalidad de aquellas expediciones largas y lentas. Los musulimes españoles que las emprendían con el principal objetivo de visitar los lugares santos del islam, no excluían otros fines accesorios, como el estudio, el comercio y aun el turismo. Benaxeij, hombre de letras, concilió con el fin religioso el instructivo y el turístico. En Bugía se detuvo para seguir las lecciones del sevillano Abdelhac, autor de un famoso libro de instituciones jurídicas, *Kitab al-ahkam e imam* y predicador oficial de su mezquita aljama (2). Pero fué en Alejandría donde más de asiento permaneció durante los dos años en que estuvo ausente de España. Había salido de Málaga a fines del año 560 y antes del primero de agosto del 561 llegaba a Meca para cumplir con el precepto de la peregrinación.

A su paso por Alejandría, las maravillas de la ciudad cautivan su atención, y dando de lado por algún tiempo a sus estudios, se entrega, como mero turista, a la visita de sus monumentos arqueológicos, algunos de los cuales estudia con escrupulosidad minuciosa. El famoso faro de Alejandría, que dos siglos más tarde había de desaparecer por completo, erguía-se aún en aquellas fechas ofreciendo a la extática contemplación de los occidentales las líneas ciclópeas de su peregrina traza arquitectónica. Benaxeij las inspeccionó solícito y experto, trasladando al papel las dimensiones estereométricas del colosal edificio, con el pormenor suficiente para que cualquier técnico pudiera, si quisiese, levantar

---

(1) Cfr. *Alif Ba*, I, 18, 34, 35, 36, 37, 229; II, 159-160, 194, 294, 317, 493-494, 536.

(2) Cfr. *Alif Ba*, I, 152, 447, 453, 509. Su nombre completo es Abumohámmed Abdelhac ben Abderrahman el Azdí, el sevillano, conocido por el apodo de *Benaljarrat* o “el hijo del tornero”. Al caer los almorávides, pasó a Bugía, donde sus dotes de jurista y literato fueron muy apreciadas. Murió el año 581 a los setenta y uno de edad. Cfr. *Tecmila*, b.<sup>a</sup> 1805.

el plano aproximativo de las proporciones que alcanzaba aquel faro que los antiguos calificaban de la tercera maravilla del mundo (1). La descripción de Benaxeij es mucho más minuciosa que las de Edrisí, de Cazwiní o de Yacut. Los dos últimos, además, no pudieron tener a la vista más que los pobres restos que la progresiva ruina del monumento mantenía en pie a mediados del siglo XIII de nuestra era, en vísperas de su desaparición definitiva (2). Unas ruinas al Sur de Alejandría que quizá pudieran identificarse con la columna de Pompeyo y los famosos obeliscos cercanos a la ciudad, fueron también objeto de su curiosidad y de descripciones minuciosas, en que pondera la enormidad de sus proporciones, singularmente su altura gigantesca, que los niños, a porfía y sin resultado, intentan alcanzar lanzando piedras al aire (3). La curiosidad inagotable del turista movió también a Benaxeij a emprender un largo viaje por el Nilo para visitar el Alto Egipto, llegando hasta la ciudad de Cus, a trece días del Cairo, en los límites ya de Etiopía (4). La relativa cercanía del Ecuador que alcanzó en esta excursión puede explicar quizá la seguridad con que afirma que las fuentes del Nilo hay

---

(1) Cfr. *Alif Ba*, II, 536-538.

(2) Cfr. *Jaquf's Geographisches Wörterbuch*, edic. Wüstenfeld, I, 263. La descripción del Edrisí, contemporánea o un poco anterior a la de Benaxeij, es mucho menos minuciosa que la de éste y, sobre todo, hecha sin tantas garantías de fidelidad. ya que la de Benaxeij es de primera mano, basada en los datos que el autor adquirió a la vista del monumento y en las medidas que personalmente tomó, sirviéndose, como módulos, del palmo y del paso, en los lugares accesibles, y, en los inaccesibles, de una cuerda cuya longitud redujo en cada caso a dichos módulos, con escrupulosidad cuidadosa. La importancia de esta descripción para la historia del arte arquitectónico nos decide a estudiarla por separado (en un trabajo que tenemos entre manos), comparándola con las de los otros geógrafos árabes y clásicos (griegos y latinos) que Thiersch aprovechó para su libro *Pharos* (Leipzig, 1909).

(3) Cfr. *Alif Ba*, II, 539-540.

(4) Cfr. *Alif Ba*, I, 69, 459.

que localizarlas en dos lagos ecuatoriales, de los que nacen tres ríos que unidos luego forman el río sagrado (1).

Los meses que del año 561 dejóle libres esta larga excursión, y los que al año siguiente pasó también en Alejandría, una vez hecha la peregrinación ritual a la Meca, Benaxeij los consagró al estudio en la *madraza* o universidad que los sultanes fatimíes habían erigido en aquella ciudad, y cuya alta dirección docente estaba a la sazón encomendada al teólogo más célebre de todo el islam en su tiempo, Abutáhir el Silafí, polígrafo y crítico eruditísimo en materia de tradiciones (2). Benaxeij, como casi todos los peregrinos andaluces y magrebíes que a su paso para Meca paraban en Alejandría, asistió asiduo a sus lecciones de *hadices*; la amistad particular con que el maestro le distinguió refléjase en ciertos pasajes de su *Abecedario*, en que describe, de pasada, escenas vivas de lecciones particulares y más íntimas que para él solo daba el Silafí en sus habitaciones privadas (3).

(1) Cfr. *Alif Ba*, II, 355, 357.

(2) Cfr. Brockelmann, *Geschichte der arab. litt.*, I, 365, y *Alif Ba*, I, 34, 35, 37. Nacido en Ispahán el 475, hizo sus estudios en Bagdad y tras recorrer gran número de países, con objeto de perfeccionar su cultura, fijóse en Alejandría en 511. En 546 fué nombrado rector de su madraza y murió el 578 a los ciento nueve años de edad.

(3) Cfr. *Alif Ba*, II, 159-160, 294, 493-494. En el primero de estos pasajes describe Benaxeij un jocoso episodio de una de sus lecciones con el Silafí: maestro y discípulo leen, cada uno en su ejemplar de las tradiciones proféticas, el *hadiz* que dice: "Las habas aumentan el cerebro, y el cerebro aumenta la inteligencia." Benaxeij, lee la voz árabe *الفول* (*las habas*) conforme a la fonética occidental, es decir, como si estuviese escrita *القول* (*el hablar*). El maestro rompe a reír ante el contrasentido que resulta y le dice que el hablar, en vez de aumentar, vacía o ahueca el cerebro. Benaxeij, convencido de su error de lectura, pregunta entonces al maestro cómo es que las habas aumentan el cerebro, cuando en España se dice proverbialmente lo contrario. Y el Silafí entonces, riendo, le cuenta que también él hizo igual consulta a un maestro suyo porque él sabía que la gente del Tabaristán, donde las habas abundan, era la más

De su estancia en Meca, apenas si en su *Abecedario* quedan otras huellas que la descripción que en él inserta del templo de la Caaba, minuciosa como todas las que hace de otros monumentos por él visitados, pero sin ningún pormenor de interés ni nada que pueda tener novedad tratándose de un lugar por demás conocido y tantas veces descrito por los geógrafos musulmanes (1).

La ausencia de la patria agudizaba en los dos años que duró aquel viaje la añoranza de su casa y familia. El mismo nos dice en su *Abecedario* (2) que para consolarse recitaba a menudo poesías de autores clásicos, de análogo tema, que le ayudaban a disipar el tedio y la tristeza de la falta de su mujer e hijo, únicos familiares que en Málaga dejó, pues en aquellas fechas había ya efectivamente perdido a sus padres, a su hermano Abdala, que en vida de éstos murió en Marraquex, y a sus dos hijos mayores Abdala y Obaidala (3).

Uno de sus biógrafos (4) asegura que Benaxeij tomó parte en algunas de las expediciones guerreras de Saladino contra los cruzados en Siria. Es difícil precisar a cuál de ellas deba referirse la noticia, pues el bienio 561-562 fué muy agitado y fecundo en encuentros y algaras. Saladino, en tal período, no había aún asumido el mando supremo, y operaba tan sólo como general, aguerrido ya y expertísimo, a las órdenes del sultán de Siria, Nuredín, y de su hermano Xircuh, que dirigía como jefe las operaciones. En 561, Xircuh tomó a los francos el castillo de Monáitira, cerca de Trípoli de Siria (5), y es fácil que esta expedición fuese a la

---

ligera de cascos, a lo cual su maestro le contestó: "Es que si no fuera por las habas que comen, volarían por los aires, de ligeros que serían."

(1) *Alif Ba*, I, 357.

(2) *Alif Ba*, I, 62.

(3) *Alif Ba*, II, 20, 321, 412.

(4) El autor de la *Tecmila*, o sea Benalabar, biografía 2089, loc. cit. : *وغزا عدة غزوات مع المنصور بالمغرب ومع صلاح الدين بالشام*

(5) Cfr. *Ibn-el-Athiri Chronicon*, XI, 212.

que Benaxeij asistiera como soldado, pues al año siguiente el campo de batalla se traslada ya a Egipto, cuyo sultán fatimí se alía con los francos para resistir el avance de Xircuh, y ya hemos dicho que no es en Egipto, sino en Siria, donde hay que localizar la noticia biográfica que discutimos (1).

Reintegrado a Málaga después del 562, Benaxeij reanuda su vida literaria. A este período, en efecto, de madurez, entre los treinta y cinco años de edad y los setenta y siete en que murió, hay que referir la redacción de sus obras poéticas y prosaicas. Aquéllas, como trabajos de ocasión inspirados en los sucesos, a menudo triviales, de su vida, es difícil fecharlas. De las prosaicas, la principal, que es su *Abecedario*, se sitúa cronológicamente en los tres últimos años de su vida (2), aunque la compilación de tantos y tan heterogéneos materiales como la integran exigiría, sin duda, un mayor espacio de tiempo. Su hijo menor, Abderrahim, para cuya instrucción redactó principalmente el libro, habíale nacido en 592, y la muerte de Benaxeij acaeció en 604, cuando el niño cumplía doce de su edad (3). Infírese de aquí que el proyecto de redactarlo y su ejecución llenarían el último decenio de su vida. A las cinco de la mañana de un martes, 6 del mes de *ramadán* del año

---

(1) De admitir que Benaxeij militó en Siria, bajo el mando directo de Saladino, contra los francos, habría que retrasar la fecha hasta los años siguientes al 563. Esto implicaría que Benaxeij habría prolongado su ausencia de España hasta el 566, por lo menos, contra lo que consta por otros datos. Véase la nota siguiente.

(2) Cfr. *Alif Ba*, II, 540: “Yo referí esto de la columna [de Pompeyo] en Málaga en el año 602, cerca de cuarenta años después de haberla visto.” *Ibidem*, I, 453: “Quizá dirás: “Hemos oído hablar de los ascetas, pero jamás los vimos.” Dices bien; pero si fueses de ellos, de seguro que los verías. A la verdad, en esta época nuestra, que es el año 603, hay un hombre en Sevilla...”

(3) Cfr. *Alif Ba*, I, 3, 5, 6, 63. Su hijo Abderrahim siguió las aficiones de su padre y llegó a ejercer en Málaga los cargos de *imam* y predicador de la mezquita mayor, muriendo el año 638. Cfr. *Tecmila*, b.<sup>a</sup> 1670.

dicho, 604 (1207), murió Benaxeij, según puntualizan sus biógrafos con escrupulosa minuciosidad que refleja el culto rendido a su memoria por los coetáneos. La ceremonia de su sepelio fué un acontecimiento solemne, en que el pueblo testimonió el respeto y admiración que sentía hacia el patricio benéfico de Málaga, el literato insigne y el musulmán piadoso y ortodoxo. Fué enterrado al medio día en el cementerio llamado de la Mosala, a las afueras de la puerta de Fontinela.

## 2.—Sus obras, distintas del “Abecedario”

No es el *Kitab Alif Ba* la obra única de Benaxeij, aunque sí la más importante y conocida. En ella cita, repetidas veces, otros trabajos suyos, de desigual extensión y valor, que conviene señalar previamente. Ante todo, su pluma se ejercitó en la poesía, más que en cualquier otro género literario. Pasan de cincuenta las composiciones que en el *Abecedario* cita como propias y de las cuales inserta fragmentos, más o menos largos, para documentar los temas tratados en aquél o completar otros documentos, prosaicos y poéticos, de análogo sentido y debidos a otros autores (1). Los asuntos de esas composiciones adoptan los diferentes tonos de la temática tradicional, con exclusión casi absoluta del tema erótico. Las hay ascéticas, elegíacas y guerreras; pero predominan las jocosas o burlescas, y todavía más las inspiradas en el prurito de superar dificultades de forma, antes que en la expresión de una idea o un sentimiento poéticos.

El dominio de la lengua y de la métrica árabes es en Benaxeij tan extremado bajo esta relación última,

---

(1) Cfr. *Alif Ba*, I, 63, 68, 153, 162, 165, 192, 218, 315, 351, 358, 386, 388, 389, 390, 392, 393, 397, 398, 461, 463, 465, 470, 492, 535, 537, 550; II, 69, 90, 93, 104, 142, 159, 319, 324, 340, 366, 412; 440, 441, 454, 457, 461, 468, 485, 494, 505, 506, 525, 527, 554, 556, 579, 586, 588.

que difícilmente creemos se encuentre otro poeta del islam español que le supere en el género. Citemos como muestras típicas dos composiciones en las cuales todas las palabras constan respectivamente de las letras árabes *kef* y *dal* (1), muchas otras cuyos versos todos pueden ser leídos igualmente de derecha a izquierda o viceversa, con el mismo sentido, y otras, en fin, que pueden ser leídas normalmente con un sentido y con otro diferente enlazando entre sí todos los primeros hemistiquios en una serie, y todos los segundos en otra (2). Ciertamente que sólo en la lengua árabe, cuya grafía silábica implica la fuga de vocales, caben tales acrobacias de forma; pero aun así, hay que reconocer que, si ellas no acreditan de poeta a quien con tamaña perfección y desenvoltura las urde, revelan por lo menos en él dotes no comunes de lexicólogo y versificador ingenioso.

Entre sus otras composiciones, desnudas de toda preocupación anagramática, son de notar por su inspiración relativa las siguientes: un poema elegíaco a la muerte de su padre (3); dos poesías ascéticas sobre la conformidad con la voluntad de Dios y sobre el amor divino (4); una *casida* de cien versos sobre la guerra santa (5); otras dos sobre el valor de la inteligencia y sobre el mayor mérito de la ciencia comparada con la riqueza (6); un poema burlesco sobre el gato y el ratón (7); otro, jocosero, en que describe el susto terrible que le dió un perro rabioso (8), y una elegía jocosa a la muerte de su gato (9).

---

(1) Cfr. *Alif Ba*, II, 69, 219, 528; I, 167, 386.

(2) I, 162, 163, 386; II, 324, 525, 527, 528, 579.

(3) Cfr. *Alif Ba*, II, 440.

(4) I, 392; II, 441.

(5) II, 156, 520.

(6) I, 165, 192.

(7) I, 388.

(8) I, 376; II, 318.

(9) I, 389.

Con todas sus composiciones enigmáticas de que antes hice mención, parece que coleccionó un *Diván* que no ha llegado hasta nosotros (1). Otra colección, también desaparecida, reunía, según nos asegura en su *Abecedario* (2), todas las *ichazas* o licencias redactadas en verso, que en su larga vida otorgó a sus discípulos y amigos, de cuantas obras poéticas o prosaicas, suyas o ajenas, les transmitió en sus lecciones. A todo este copioso catálogo hay que sumar la multitud de poesías circunstanciales que provocadas por las más triviales incidencias de la vida escribió Benaxeij en correspondencia frecuentísima con sus amigos (3). El cordobés Abdelwahab, a quien Benaxeij menciona a menudo como amigo y maestro, fué sin duda el más favorecido con sus epístolas literarias (4); pero también otros correspondieron con él sobre nonadas y fruslerías del diario vivir, que hoy se nos antoja absurdo pudieran distraer de sus más serias ocupaciones a personas formales, para consumir tiempo y esfuerzo mental en juegos de ingenio poético, desnudos de inspiración.

Además de las colecciones antes citadas, habla Ben-

(1) II, 528.

(2) I, 63.

(3) Sirvan de ejemplo las dos citadas en su *Abecedario*, II, 465 y II, 504: Su amigo Abdelhac le encarga en una epístola en verso que le compre un asno cuyas características le describe, y Benaxeij le contesta con otra epístola también en verso; el año 581 recibe en Málaga una carta, de sus amigos de Egipto, en la cual le transmiten cierta profecía que circulaba por la India anunciando para 582 un viento mortífero que traería la fin del mundo, y Benaxeij refuta el vaticinio en un poema y luego escribe otro en 582 al comprobarse la falsedad de la profecía.

(4) Cfr. *Alif Ba*, II, 28, 415 *et passim*. En el pasaje último (II, 415), Benaxeij refiere que habiendo recibido de su amigo Abdelwahab una epístola y careciendo de recado de escribir por encontrarse fuera de Málaga, en el campo, sin duda, se decide a contestarla escribiendo sobre un cascote de yeso, desprendido de la pared, con un palo por cálamo y con tinta de carbón.

axeij con frecuencia de otra, también hoy perdida, que por su título debió ser una especie de complemento de las anteriores. La titula, efectivamente, “Complemento de las poesías y relatos que resumidos o abreviados se contienen en el *Abecedario*” (1). En éste, por cierto, es frecuente que Benaxeij aduzca extractos de poesías propias o ajenas, con la advertencia inmediata de que su texto íntegro puede consultarlo el lector en el *Complemento*, el cual, por lo tanto, hay que fecharlo en época posterior al *Abecedario*.

Un libro, finalmente, debió escribir también en prosa, titulado *Libro del uso de la lana para vestir*, que sólo una vez, incidentalmente, cita en su *Abecedario*, al hablar de los *sufies* o místicos y de su hábito religioso (2).

### 3.—Análisis de su “Abecedario”

Ya hemos insinuado que este libro hay que fecharlo, al menos en su redacción definitiva, entre los sesenta y setenta años de la edad del autor. Temiendo que la muerte le impidiese completar la educación y formación cultural de su hijo Abderrahim, como lo había hecho con sus dos hermanos mayores Abdala y Obaidala, resolvióse Benaxeij a redactar para él una especie de repertorio enciclopédico de cultura general, que le sustituyese después de muerto en las funciones de maestro de su hijo. Es, sin embargo, muy discutible que éste pudiera utilizarlo en su niñez, porque el estilo en que el libro está redactado, no sólo es elegantísimo y afluyente en extremo, sino que con frecuencia usa y abusa de la prosa rimada. El título de *Abecedario*, que para mayor sencillez le hemos dado, es en árabe, traducido a la letra, *Libro del*

(1) Cfr. *Alif Ba*, I, 6, 7, 60, *et passim*. El título en árabe es: كتاب تكميل الایبیات وتكميم الحكایات مما اختصر للابن فی كتاب الف با

(2) Cfr. *Alif Ba*, II, 585: وقد ذكرنا شواهدة فی كتاب لبس الصوف ماجردا

“*alif*” “*ba*”, es decir, del *abc* (1). Se trata, pues, a juzgar por el título, de una obra ordenada alfabéticamente, o sea de un diccionario. Esto, por lo que atañe a la arquitectura u organización de las materias. En lo que toca a éstas, es decir, al fondo del libro, sería excesivo en verdad llamarlo estrictamente enciclopedia; pero en un sentido lato lo merece sin hipérbole. Una lectura no muy detenida de sus copiosas páginas nos permitió, hace años, extraer en cédulas la mayor parte de los temas en él tratados y agruparlos luego sistemáticamente bajo rúbricas generales que abarcan, como se va a ver, todas las ramas de la enciclopedia de su tiempo.

#### I — ARITMÉTICA, FÍSICA Y BOTÁNICA.

El cálculo aritmético entre los árabes, antes del Islam (I, 88). — Las letras del alfabeto árabe empleadas como símbolos numéricos o cifras (I, 86, 87, 91). — Pesos (II, 415). — Medidas itinerarias (I, 257). — Enigma aritmético (I, 95). — Problema matemático (I, 253, 254). — Cosmogonía fabulosa (II, 353). — Magnitud comparada del sol, luna, tierra y demás astros. Cita de Algazel y Ptolomeo sobre el tema (I, 193). — El movimiento y reposo del sol (II, 192). — Esencia y división del tiempo (I, 87, 544; II, 192). — Nombres del año en la lengua árabe (I, 95). — El año solar, usado por cristianos y sirios, es más conveniente que el lunar de los árabes (I, 92). — Doce letras, símbolo de los doce meses del año cristiano (I, 91). — Nombres de los meses solares (I, 92). — Qué meses son de 30 y 31 días. Nombres de los meses lunares. Sus etimologías (I, 93). — Sobre la duración del día y la noche (I, 544). — Nombres de los días de la semana (I, 126). — La sombra proyectada por el hombre o por un bastón, como signo de las horas para la oración (II, 193-4). — Reglas para orientarse hacia la alquibla, en general y desde España (II, 194). — Versos graciosos o madrigales sobre la luna (II, 500). — Las estrellas de la osa mayor y menor. Su utilidad para orientarse: a su derecha está la alquibla (I, 409). — Meteorología (II, 507). — Del frío y del calor en el infierno (I, 125). — El viento. Sus clases. Jaculatoria para el viento y las tempestades (II, 501, 502, 503). — Lluvia de sangre. Sobre una lluvia como de sangre en Sevilla, año 560. Otros meteoros ex-

(1) كتاب ألف با, edic. Cairo, 1287 de la hégira. Dos tomos, de 551 y 592 páginas, respectivamente.

traordinarios en Oriente (II, 9). — El humo (I, 98). — Sobre el agua y modo de beberla (II, 301). — Sobre el vinagre de vino (I, 549). — Sobre el blanco y el negro (I, 269). — El imán, comparado con el almuédano (II, 103). — Sobre la siembra (II, 171). — Plantas que nacen y viven sin agua, y animales que viven sólo en el agua (I, 180). — Sobre el ajo silvestre (I, 180). — Las habas (II, 159). — Consideración sacada de una brizna de paja, acerca de la vida de las plantas (I, 178).

## II — ZOOLOGÍA.

Vida anterior humana de los animales (II, 178). — Años de vida que alcanzan los animales (II, 280). — Sobre la castración de los hombres y animales. Su licitud (I, 502). — Apodos de ciertos animales, derivados de nombres propios de personas, como *Abu Yahya* (el animal de San Juan) para designar al águila (II, 279). — Abejas (I, 123). — Asno (II, 463). — Aves acuáticas (II, 394). — Bestia del Apocalipsis (I, 98). — Caballo. Sus varios nombres. Leyenda de Ismael y los caballos domados (I, 344, 346). — Culebra. Etimología de su nombre árabe (I, 495). — Varios nombres de las culebras (II, 510). — Cuentos de culebras y genios (II, 507, 508, 509). — Maravillas del cocodrilo (II, 394). — El gallo celestial del *mirach* de Mahoma (II, 395). — Gato (I, 389, 390). — Los gusanos dentro de la fruta (I, 181). — Leyendas de las hormigas (II, 168). — Sobre el león. Relato emocionante de aventuras con leones (I, 385). — Sobre los monos (II, 179). — Sobre los perros. Por qué ladran los perros a la luna. Sobre la rabia (I, 378). — Nombres de persona derivados de “perro” (I, 383). — Cuentos de perros, policías espontáneos y amigos fieles (I, 380). — El pez del ámbar (II, 569).

## III — ANTROPOLOGÍA.

### a) *Temas de Anatomía y Fisiología humanas.*

Diferencias físicas entre el hombre y los animales (II, 394). — Las diez partes del cuerpo que empiezan por la letra *ج* (II, 219). — Huesos del esqueleto (II, 270). — Músculos (II, 270). — Maravillas de los huesos, tendones y músculos (II, 269). — Número de agujeros del hombre; íd. de huesos (I, 370). — Los cincuenta y cinco huesos de la cabeza (II, 269). — El crecimiento del cerebro en relación con los movimientos del niño (II, 160). — Pelo (II, 271). — De las barbas y de las canas. Su tinte de negro o de blanco (II, 340, 343, 344). — Sobre los dientes: sus clases, nombres y número (I, 369). — Lengua y aparato de la voz (II, 271). — La sonrisa, la carcajada y la risa. Ocho males de la carcajada. Fisiología de la

risa (I, 373, 374). — Maravillas de la nariz (II, 270). — Maravillas de la oreja (II, 270). — De los ojos (I, 54). — Maravillas del ojo (II, 270, 393). — Incapaz es el mundo entero de hacer por sí una sola de todas estas maravillas (II, 271). — Manos (II, 271). — La diestra, para lo bueno y puro; la izquierda, para lo sucio. Reglas concretas de urbanidad y religión, que derivan de aquí (I, 423, 424). — Anatomía y fisiología del aparato digestivo (II, 266). — Análisis de los beneficios divinos que implica la nutrición (II, 266). — Consejos sobre el método de orinar (I, 416). — *Hadices* proféticos sobre la orina y los eufemismos equivalentes. Idem del excremento. Anécdotas jocosas sobre la defecación (I, 415, 416, 417; II, 146, 147). — Diferencias orgánicas de ambos sexos (II, 338, 339). — Los testículos (I, 427). — Su relación con la barba (II, 160). — De las mamas (II, 339). — Sobre la generación del varón y la hembra (II, 242). — Análisis de los beneficios que implica la generación (II, 269). — Exogamia y endogamia (I, 405). — Poema del autor sobre los inconvenientes del matrimonio (I, 397). — Otro igual de Abuimrán de Mértola (I, 398). — Cuento de una viuda que falta a su promesa de no casarse (II, 446, 448, 449). — Sobre el onanismo (II, 345). — Sobre el coito onanista (II, 337). — La concepción y sus plazos (I, 405). — Leyenda de la concepción de Jesús (I, 406). — Sobre los hijos (I, 62). — El que tiene tres hijos ha de llamar a uno Mohámed (II, 454). — Alabanza y vituperio de las hijas (I, 408). — Las mujeres cunan a sus niños diciendo: “¡Baba!” (I, 327). — Sobre la mujer: crítica de la mujer (I, 395); apología de la mujer (399); sobre la belleza física de la mujer y su castidad (402); una mujer que defiende el feminismo ante Mahoma (409); el peligro de la mujer (II, 76). — Leyendas de hombres de larga vida (II, 87). — Sobre la fiebre (I, 293). — Sobre las enfermedades y sus medicinas (II, 29). — Ejemplos de santos que no quisieron medicinarse (II, 31). — *Hadices* contra los médicos (II, 31). — Sobre el sueño (II, 78). — Cuentos de ensueños (II, 216).

#### b) *Virtudes y vicios.*

Del amor a los padres (II, 410). — Del amor a los vecinos y conocidos (I, 411). — Idem a los parientes (I, 413). — Visitas a los amigos (II, 149). — Mérito del saludo (I, 415). — Del beso (I, 29). — Daños de la lengua (I, 34). — Memoria (I, 60; II, 516). — Inteligencia (I, 193). — Utilidad del silencio (I, 32). — Licitud del juramento (II, 580). — Delación (I, 474). — Sobre la mentira. Es lícito dejar entender lo contrario de lo que se va a hacer, como habilidad estratégica. Es lícita la restricción mental Ejemplos de ella (I, 472, 473). — En el Islam es lícita la apostasía simulada (II, 551). — Astucia loable y vituperable (I, 265). — Sobre la vergüenza (II,

297). — Sobre la envidia (I, 530). — Sobre la penitencia (I, 391). — Sus elementos según los sufíes y según el autor (I, 392). — La penitencia es acepta a Dios y limpia como el agua las manchas (I, 393). — Temor de Dios y fiducia ilusoria (II, 443). — Los enemigos del hombre (I, 25). — Sobre el perdón de las ofensas (I, 467; II, 498). — Sobre la censura. El refrán “Medice, cura te ipsum” (II, 550). — Pesimismo (II, 63). — Pesimismo místico (II, 442). — Sobre la paciencia y el valor (I, 461). — Sobre la resignación y la mansedumbre (I, 462). — Utilidad espiritual de la enfermedad (II, 32). — Generosidad (I, 434, 437, 438, 441, 454; II, 480). — Excelencias de la riqueza (I, 114). — Excelencias del ahorro (I, 156). — Prohibición de oro y plata en objetos de lujo (I, 117). — No se debe pedir (I, 151). — Se debe pedir sólo en caso de necesidad vital (I, 154). — Se debe tomar lo dado sin pedir (I, 155). — Se debe corresponder al regalo (I, 155). — Deudas (II, 148). — Hay que contentarse con poco (II, 61). — Respeto debido a los mendrugos abandonados (I, 372; II, 272). — El ascetismo o austeridad (I, 446, 452). — Vida del asceta Alaswad (I, 531). — Vida del asceta Alcama (I, 531). — Otros ascetas (I, 484). — Ascetas que rehuían ser visitados en su enfermedad (II, 33). — Anécdota ascética (I, 177, 178). — Ayunos prodigiosos (II, 533). — Vanidad de todo deleite (II, 61). — Placer de una hora, de un día, de una semana, de un mes, de un año y de una vida (II, 61). — Sobre el don de lágrimas en la oración (II, 140). — El abandono a la providencia de Dios (II, 166). — La conformidad con su voluntad (II, 441). — Sobre el amor de Dios (II, 16). — Cuento de una mística que sirve a Dios por generoso amor (I, 491).

### c) *Sociología y Derecho.*

La organización social es necesaria para que exista la sociedad (I, 184). — El fenómeno social: su análisis (I, 184). — La mutua ayuda de los individuos, comparada con la de los miembros del organismo humano (I, 185). — Nombre del rey entre griegos, persas, sirios, turcos, etc. (II, 221). — Leyenda de la infancia del rey Sapor de Persia (II, 220). — Biografía de Dulcarnain; sus viajes marítimos; su identificación con Hermes, Herodes y Alejandro (II, 353-354). — Las amazonas y Alejandro Magno (I, 396). — Excelencia de los árabes sobre los no árabes (I, 347). — Los primeros califas (I, 438). — Sobre el visirato (II, 177). — Los caballeros entre los árabes (II, 154). — Tipos de valor guerrero entre los primeros musulimes (II, 521). — Héroes en la guerra santa (II, 209). — Héroes femeninos (II, 210). — Leyenda de un “combate singular” en-

tre Alí y Amer ben Ad (II, 15). — Sobre los adivinos anteislámicos (II, 22). — Sobre los parásitos o *tofaiiles*. Etimología y cuentos (II, 585). — Sinónimos de oro y plata, en bruto o en moneda (I, 120). — Cuentos de dinero (I, 116). — Juegos de niños entre los árabes (I, 321, 322). — Juegos lícitos: la equitación, el juego precursor del coito y el tiro al blanco (II, 517-521). — La música (I, 316). — Zambras (II, 175). — Cuentos de cantores (II, 514). — Tormentos bárbaros: emparedar; henchir de aire el cuerpo por el ano (I, 503). — Trajes (II, 492). — Telas (II, 482). — Prohibición de trages de seda (II, 187). — La seda en España (II, 187). — Inscripciones en tapices, que tienen sentido leídas al revés y al derecho (I, 160). — Problemas jurídicos (I, 254). — Herencia del abuelo (I, 252). — Sobre el vino. Arabes que no lo bebieron antes del islam. Arabes que lo beben dentro del Islam (II, 80, 81). — Doctrina del autor sobre la ilicitud del vino (II, 85). — Cuento de un borracho convertido (II, 82). — Licitud del argumento de analogía en derecho (I, 254).

#### IV — RELIGIONES Y SECTAS.

*Religión judaica*: Pecado original (II, 174). — Historia de Caín y Abel (I, 290). — Fábulas de los gigantes (II, 541). — *Hadiz* del diluvio (II, 65). — Leyenda de Gog y Magog (I, 433; II, 175). — Sacrificio de Isaac (I, 419). — Historia de Job (I, 284). — Jonás (II, 352). — Leyendas de Salomón (II, 98). — Goliat y David (II, 542). — *Religión cristiana*: Jesús (I, 20, 25, 76, 219, 370, 405, 406, 443, 464, 490; II, 274, 483, 550). — La Virgen María (II, 174). — Cómo Jesús es el Verbo de Dios (I, 188). — Imitación del texto evangélico ... "quia nemo est in cognatione tua qui vocetur hoc nomine..." (II, 455). — *Religión islámica*: Excelencias de Mahoma (II, 454). — Armas y utensilios de Mahoma con sus nombres (II, 152). — Milagros de Mahoma (II, 109, 393). — El vaticinio de la misión profética de Mahoma (II, 24). — Sobre la amistad de Mahoma con Dios (I, 546). — *Hadiz* del *isrá* o viaje nocturno de Mahoma (I, 244). — *Hadices* del *mirach* o ascensión de Mahoma (II, 106, 355). — Las habitaciones que ocupó Mahoma (I, 131). — Pozo de Zemzem (I, 364; II, 462). — Muerte de Mahoma, Abubéquer y Omar (II, 546). — Biografía de Mosailima el pseudo-profeta (II, 244). — Muerte de Alí (II, 522). — Excelencias de Alí (I, 222). — Biografía de Alabás, hijo de Abutálíb (I, 79). — *Teología ortodoxa* (II, 51). — Sobre el *no-ser* (II, 58). — Todo ser al llegar a su perfección comienza a ser imperfecto (I, 127). — Agnosticismo respecto de la esencia de Dios (I, 197). — Por qué no se debe preguntar nada res-

pecto de Dios (II, 49). — Nombres propios de Dios (I, 227, 228, 230, 237). — Doctrina de los *sufíes* sobre el conocimiento de la esencia divina (I, 198). — Explicación metafórica de los términos antropomórficos aplicados a Dios (II, 43). — Resumen de la esencia y atributos divinos (I, 206). — Los atributos divinos no son análogos a los creados. El acto creador es instantáneo (I, 196). — Diferencia entre eternidad y tiempo (I, 95). — Dios no ocupa lugar (I, 201). — Infinitud de la ciencia y de la palabra de Dios (I, 187, 190). — Diferencia entre la ciencia de Dios y la de las criaturas (I, 195). — Cuatro clases de ciencias (I, 23). — Sólo Dios es causa (I, 182). — Todo acto humano es efecto de Dios (II, 51). — Creación y generación (II, 260). — Conservación (II, 261). — Dios conservador y proveedor (II, 163). — Custodia angélica universal (II, 17, 274). — Providencia divina sobre la agricultura por medio de los ángeles (II, 272). — Ciencia de los ángeles (I, 195). — Sobre los demonios y genios (II, 512-514). Consideraciones sacadas de una pajueta sobre la existencia de un Dios providente y sabio (I, 183, 185). — Providencia de Dios en la organización del cuerpo humano (I, 370). — Otras muestras de la providencia de Dios y de sus atributos (I, 183, 184). — Sobre los beneficios divinos (II, 260). — Gracias naturales: talento, honradez, saber, etc. (II, 263). — Gracias místicas (II, 533-534). — Gracia de la fe (II, 262). — Sobre si la fe salva sin obras (II, 253). — Siete modalidades de la inspiración divina a los profetas (I, 501). — Ciencia de los profetas (I, 195). — Los milagros de los profetas (I, 181). — Taumaturgia mística (II, 533). — Sobre la voluntad divina y la humana (II, 47). — Exhorta el autor a encomendarlo todo a la Providencia (II, 60). — Ideas sobre la predestinación (I, 206; II, 61). — La lámina del destino (I, 190). — Fatalismo (II, 63). — El trono de Dios (I, 202). — Los ángulos del trono (I, 204). — El escabel de Dios (I, 204). — ¿Puede Dios obligar a lo imposible? (II, 48). — El fin del hombre (I, 447). — Leyendas de la muerte (I, 87). — *Hadices* apocalípticos sobre el fin del mundo (II, 10). — *Hadiz* del Antecristo (II, 188). — Señales del juicio final (I, 97). — La trompeta del juicio (II, 179). — Escatología (I, 504; II, 40, 86, 173, 258, 353, 356, 395, 467, 560). — Cinco ríos terrestres de origen paradisiaco (II, 356). — *Hadiz* sobre la vida celestial (I, 545). — Arbol de la felicidad. Su sentido alegórico (II, 258, 259). — Las alas de los bienaventurados (II, 156). — *Sectas*: Anécdotas de herejes (II, 51, 56). — Clasificación de los *zandics* o ateos, *murchies*, *cadries* y antropomorfistas (II, 59). — *Sufíes* o místicos. Etimología de su nombre. Costumbres de la época del autor (I, 23; II, 350, 583). — Los agüeros entre los árabes anteislámicos y en la época del autor (I, 129, 321). — *Magia*: Leyenda de Venus con los ángeles Harut y Marut (II, 178). — El

culto de los ídolos antes del Islam (I, 420, 422). — Leyenda de la ciudad fabulosa de Aram (II, 532, 536). — La leyenda de los siete durmientes. Los moros españoles creían que su cueva estaba en España. Noticias sobre su emplazamiento en Efeso (I, 95, 97). — *Liturgia*: El pregón del almuédano (II, 351). — Mérito del almuédano (II, 102). — Sobre las voces del almuédano al invitar a la oración (I, 518). — No deben salir de casa las mujeres para ir a la mezquita (II, 97). — Costumbre primitiva de la oración del alba, los viernes, en la aljama y del baño ritual en ese día (I, 546). — De la oración del viernes en favor de los príncipes (I, 488, 489). — Del sermón ritual, el viernes, en la mezquita (I, 176; II, 414). — Lectura salmodiada del Alcorán y canto religioso (II, 582). — Quién fué el primero que vocalizó el Alcorán (I, 175). — Se debe vocalizar el Alcorán para los niños (I, 175). — Origen de las rogativas *ad petendam pluviam* (I, 365). — Excelencia del rezo (II, 256). — Plegaria (II, 308). — *Azoras* más excelentes para el rezo (I, 239). — Jaculatorias más usuales (I, 216, 218; II, 454). — Mérito de la visita a las tumbas (II, 413). — Sepulcros maravillosos (II, 223). — Prohibición de llorar por los muertos (II, 543). — Sobre la peregrinación a la Meca (I, 531). — Sobre el culto de las imágenes (II, 17).

#### V — INVENTARIO ONOMÁSTICO.

##### a) *Lugares.*

Maravillas de Alejandría: plano del faro; columna de Pompeyo y obeliscos (II, 536-540). — Etimología de Cufa (II, 218). — Hama-dán (II, 496). — Jerusalén (II, 193). — Marruecos (II, 321). — Etimología de Meca (II, 213). — Descripción del templo de la Caaba (I, 357). — Medina (II, 459). — El Nilo: sus fuentes en el Ecuador: dos lagos de los que nacen tres ríos (II, 355, 357).

##### b) *Personas.*

Abenabdelbar (I, 18, 257). — Abenházam (II, 382, 416). — Abenxaabán de Córdoba (II, 411). — Benasid de Badajoz (I, 18, 65, 262, 316, 369, 428, 493; II, 49, 52, 60, 425). — Abenzoar el nieto, médico de Córdoba (I, 62). — Abuámir ben García, el vasco. Su tratado polémico contra los árabes. Su refutación por tres autores (I, 350). — Abulala el Maarri (I, 493). — Abubéquer Benalarabí de Sevilla (I, 217). — Abulabás, el asceta, de Zaragoza (II, 344). — Abumohámed Abdelhac de Sevilla (I, 241; II, 336, 342, 392, 415, 456, 465, 480, 481, 482, 555, 560, 588). — Abumohámed Abdelwahab, ben Alí, poeta español (I, 28, 147, 219, 269, 336, 342, 383, 414, 480, 485, 588). — Abumohámed de Córdoba (I, 316). — Abuobaid el Becrí, geógrafo español (II, 192). — Alchazar, poeta de Zaragoza (II, 318). — Al-

gazel: citas de sus obras (I, 118, 229, 230; II, 165, 167, 396). — Alhalach (I, 200). — Aljansa, la poetisa (II, 491, 493). — Almansur, el califa abasí, conversa con un filósofo de la India (I, 450). — Almanzor, aludido sin citar lo nominalmente (II, 439). — Aristóteles (I, 32). — Baqui ben Majlad de Córdoba (II, 455). — Baquillaní, teólogo de Basora (II, 143). — Baxar, el poeta ciego (II, 567). — Benabderrábihi de Córdoba (I, 56). — Benbasam (II, 568). — Hátim el Asam, el *sufí* (II, 396). — Iyad, el cadí de Ceuta (I, 40; II, 106, 456). — Platón (I, 32).

## VI — FILOLOGÍA.

### a) *Fonética.*

Lengua (I, 32). — Sobre las letras y la escritura (I, 70). — Inventores de la escritura (I, 76). — Inventores del árabe (I, 77). — Clases de escritura (I, 77). — De la escritura y de la palabra hablada (I, 78). — Del amor a los libros (I, 166). — De la elocuencia (I, 30). — “El estilo es el hombre” (I, 64). — Los árabes anteislámicos no conocían la escritura (I, 212). — Sobre el estudio del árabe (I, 42). — Pondera el autor las dificultades de la lengua árabe para los que, como él, viven lejos de Arabia y de la época clásica (I, 387). — Del árabe vulgar (II, 415). — Riqueza analítica del árabe: quitando o añadiendo una letra, o un punto diacrítico, o una vocal, cambia el sentido de las palabras (I, 99, 104). — Número de las letras árabes. Su clasificación fonética y aristocrática (I, 214, 215). — De la figura de las letras, puntos diacríticos y vocales. Diferencias propias de España (I, 174). — Cuáles letras son exclusivas de la lengua árabe y cuáles comunes con otras lenguas (I, 214). — Explicación del *abuched* o alfabeto árabe (I, 76, 86). — De las letras débiles o enfermas (I, 176). — *Fonética* de cada letra árabe (I, 316, 317, 325, 328, 330, 492, 493, 513; II, 67, 137, 139, 197, 217, 241, 288, 332, 364, 367, 382, 401, 431, 531). — Comentario de Benasid de Badajoz sobre las guturales (I, 493). — Graciosos errores en la pronunciación y gramática (I, 43). — Las siete maneras de leer el Alcorán (I, 210). — Reverencia de un maestro de escuela para con las letras del Alcorán (I, 233).

### b) *Gramática.*

Letras serviles (I, 318). — Sobre el relativo *الذی* (II, 70). — Uso de *كلمة* y *كلمة* (II, 215). — Verbos árabes que expresan jaculatorias abreviadas (II, 436). — Onomatopeya (I, 29). — Del uso de la elipsis entre los árabes (I, 391).

c) *Lexicología.*

Grafía de إبراهيم (I, 252). — Varios sentidos de أمّة (II, 280). — Tiple sentido de حيين (II, 216). — Sentido de la frase اعزل الله (II, 485). — Sentidos de la palabra عيين (II, 352). — Respuestas a كيف أصبحت y a otros saludos (II, 483). — Cuatro sentidos de لبيل (II, 12). — Significados de يد (II, 6, 7). — Apodos precedidos de ام (madre), de ابو (padre), de ادين (hijo) y de بنت (hija) (II, 277, 278, 290). — Texto típico por la abundancia de voces raras y difíciles de interpretar (I, 385, 386).

d) *Etimología.*

Etimología de los demostrativos y relativos (II, 13). — Etimología de الاعد, abuelo (I, 256). — Idem de los nombres propios حميد و حميد (II, 452, 453). — Origen de la frase vulgar عدل و عدل (II, 483).

e) *Poesía.*

Sobre la licitud de la poesía (II, 489). — El poeta dice lo que no hace (II, 95). — Poesías de diferentes autores (I, 13, 23, 25, 26, 62, 152, 153, 155, 383, 389, 393, 398, 410, 452, 453, 459, 489; II, 64, 500, 501). — El verso del poeta anteislámico Lebid sobre el tema "Cualquiera tiempo pasado fué mejor", y sus imitaciones (II, 144, 146). — Versos enigmáticos. Otros análogos, del autor, con pie forzado (II, 324). — Enigmas en verso: el de la miel (II, 8); el del hijo del tejedor (II, 352); otras adivinanzas (I, 163, 180, 428).

f) *Cuentos y leyendas.*

Cuentos (I, 116, 118, 119, 120, 128, 250, 267, 380, 491, 536; II, 13, 64, 82, 83, 84, 94, 177, 212, 316, 317, 344, 351, 373, 417, 446, 448, 449, 480, 487, 488, 498, 499, 507, 509, 513, 514, 550, 574, 585, 588). — Los cuentos del tonto Chehá (I, 536). — Cuento del árabe que, al volver de viaje, encuentra que su mujer ha dado a luz (II, 13). — Cuento del musulmán y el judío, compañeros de viaje (II, 94). — Cuento de amor (II, 212). — Cuento del hijo de un barbero (II, 351). — Cuento jocoso de ladrones (II, 373). — Cuento del regalo que retorna al primero que lo hizo (II, 480). — Leyendas, hadices y sentencias (I, 135, 138, 151; II, 7, 15, 18, 22, 24, 25, 61, 62, 87, 98, 168, 175, 178, 220, 276, 356, 367). — De la gracia y sal en las frases (I, 39). — Chistes (I, 375).

En este cuadro analítico de materias salta a la vista que las propiamente científicas son menos en número que las filológicas y religiosas. Obedece el hecho, de una parte, a la finalidad educativa y pedagógica del libro, y de otra, a la calidad profesional del autor, literato y alfaquí ante todo. Ello explica asimismo la forma de diccionario que el libro adopta: Benaxeij, lexicólogo principalmente, explica las palabras más que las cosas, y si de éstas estudia alguna vez la esencia, la causa, los efectos o las cualidades reales, no es tanto con la finalidad del científico, cuanto con la del filólogo, es decir, más para precisar la forma de las voces, su etimología, su semántica y su uso gramatical, que para estudiar en sí mismas las realidades por ellas expresadas.

La ordenación de las palabras se basa en la de sus raíces; pero dispuestas éstas en serie cuyo criterio de clasificación es bastante complicado: cada una de las veintiocho letras del alfabeto árabe se combina sucesivamente con todas las demás, para formar grupos triliteros en la mayoría de los casos, y por excepción triliteros o cuadriliteros, de los que, como de raíces, derivan voces en la lengua árabe. Estas voces, después de analizadas bajo todos sus aspectos formales, sirven al autor de ocasión y pretexto para comentarios de las más variadas especies; religiosos, citando los versículos del Alcorán o los *hadices* proféticos que de cerca o de lejos aluden a la cosa significada por la voz discutida; filosóficos, científicos y teológicos, glosando la idea respectiva con textos ajenos o divagaciones personales; filológicos, en fin, aduciendo versos del autor mismo o de otros poetas, cuentos, refranes, sentencias, chistes, donaires o agudezas de toda procedencia, que se injieren en el contexto con oportunidad a menudo, y sin ella muchas veces. Por la heterogeneidad de los temas y la rica variedad de las glosas que los comentan, el libro adopta, pues, las apariencias de una enciclopedia popular, en su fondo, y de una “mesa revuelta” o “cajón

de saestre”, en su forma inorgánica e inconexa, pues el autor pasa de un asunto a otro, sin más precaución de coherencia que la frase “hemos mencionado antes tal palabra”, como razón decisiva para traerla a cuento y enhebrarla en su difusa charla.

Estimada, pues, la obra como lo que es realmente, es decir, como un manual vulgarizador de cultura general, indispensable para la formación, diríamos hoy humanista, de la clase media, tiene para el historiador el valor documental de índice o exponente, bastante fiel, del grado que aquella cultura alcanzó en el siglo XII en la España musulmana. Sólo a este título merecen figurar Benaxeij y su obra en la historia literaria de nuestra patria, pues sería excesivo incluirlos en ella en razón de sus méritos intrínsecos y objetivos, derivados de las dotes técnicas del autor. Sería además injusto valorar una enciclopedia, y menos siendo popular, con criterio científico. Por definición, tales libros carecen de originalidad y a lo más que pueden aspirar es a ser fieles y claros reflejos de información ajena autorizada y selecta.

Benaxeij no se hace ilusiones a este respecto: con ejemplar modestia reconoce que su calidad de autor es muy relativa y metafórica, en el sentido, es a saber, de que a su trabajo personal se debe tan sólo la selección de los materiales y su organización en un todo. Esta confesión merece, por la sinceridad y desenfado con que la hace y hasta por la originalidad y gracejo del estilo ser aquí trasladada en sus frases más salientes, con las cuales cerraremos este superficial bosquejo.

#### 4.—Pasajes escogidos

##### I.º SOBRE LA ORIGINALIDAD Y EL PLAGIO.

(*Alif Ba*, I, 68-70.)

Pensaba yo muchas veces que el componer un libro era cosa difícil; pero he aquí que es empresa sumamente fácil y llana: tomas de aquí lo que un hombre ha dicho ya, y lo pones ahí, y ya puedes decir: “Yo soy autor.”

Yo creía que eran cosa ardua los trabajos lexicográficos para quien a  
[ellos aspiraba y los deseaba realizar.  
Mas he aquí que son la cosa más llana: jamás ví que me huyeran, cuando  
[quise buscarlos.  
No son sino como lo que Abencuzmán (1) dijo de la gramática...  
...“¿Qué hay de raro en que primero digas *golpeador*, y luego digas *él golpea?*”  
Pues eso mismo le pasa hoy al autor de léxicos: si quiere compilar uno o a ello  
[endereza su propósito,  
Verásle marchar a buen paso, sin desviarse de la ruta, arrastrando tras sí la  
[fimbria de su manto,  
Hacia los libros de autores que él posea, y, a solas con ellos, sentarse a copiar  
[y transcribir  
Y trasladar de ellos a sus cuadernos, para después atribuírselo todo a sí propio,  
Diciendo: “Este es mi libro que yo he compuesto” y encontrar para sí con ese  
[libro un nombre que por él hable.  
Mas ¿acaso es aquello otra cosa que palabras de los maestros que le precedieron  
[y que antes de él se fatigaron con su trabajo?  
Aquesto es de Jalil y de Yunus, o bien de Abuámer o de Ahmed o Tsaálab,  
Y de Alájfás, de Abencarib, de Amer, y estotro es de Abendoraid y aquello de  
[Cótrob (2)

.....  
Ellos son como los astros que nos alumbran, salgan por el oriente o el occidente.  
Todos fueron señores del mundo de la ciencia, y dí también que fueron además  
[trabajadores excelentes y buenos.  
Ellos fueron, en realidad, las gentes de este oficio, los profesionales de este  
arte, los que concibieron obras y las planearon y ordenaron en partes y capítulos.

(1) Alude, sin duda, al autor del famoso Cancionero de lírica popular andaluza, estudiado por mi maestro Ribera, pero no me es dado sospechar siquiera la fuente de la cita de Benaxeij, pues no consta que Abencuzmán escribiese otras obras que su *Diván*. Abencuzmán murió el año 555 (1160 de J. C.), cuando Benaxeij contaba 28 de edad. Eran, pues, contemporáneos.

(2) La mayoría de los autores aquí aludidos son los más ilustres gramáticos de las escuelas de Cufa y Basora, que florecieron durante el califato de los abasíes. Noticia de los principales de ellos puede verse en Huart, *Littérature arabe* (París, Colin, 1902), cap. VI, páginas 137 y siguientes.

En cambio, quienes tras ellos vinieron después, no son realmente otra cosa que verdaderos parásitos. ¡No os envanezcáis, pues!

Porque yo quisiera que se me explicase cómo pueden enorgullecerse los tales al [decir "Esta es mi obra".

¿Es que por ventura inventaron alguna frase que hubiera escapado a la inventiva de los maestros y de los fundadores de escuela?

Pluguiese a Dios que los tales confesaran: "Compuse el libro con lo que los [maestros dijeron." Eso sería lo más correcto:

Atribuir las ideas a sus autores, en vez de reivindicar como propio lo que es [hurtado.

Hacer en suma lo mismo que hago yo, cuando digo: "Este es un libro." ¿No es [acaso verdad? Yo no miento.

¿Por ventura hay en él algo mío, salvo el papel y la tinta con que escribo?

Lo que me animó, pues, a hacer lo que hice para poner en este libro lo que he puesto, fué tan sólo el que yo, en mi edad infantil, en el tiempo de mis estudios primeros, oía a mi maestro un relato cualquiera y, como me gustaba, lo copiaba y me lo aprendía de memoria; pero luego, cuando ya estuve en condiciones de leer por mí mismo los libros y consultarlos, ví que aquel mismo relato estaba en tal obra, y entonces me dije: "De aquí es de donde mi maestro lo tomó." Más tarde, volví a encontrarlo, aquel mismo relato, en otro libro y en otro y en otro. Y me dije: "Si los sabios, los investigadores, los grandes autores hicieron esto, bien podré yo también seguir sus huellas. Mejor aún diré si digo que más derecho tengo yo que ellos para obrar así, ya que soy un principiante." Esta consideración me llevó ya a echármelas de valiente, ahuecar la voz, hacer las hazañas que hice y poner en mi libro los textos que tomé de los autores. En último término, lector, lo que tú aquí tienes, es porque Dios te lo regala. Déjalo, pues, tal como en suerte te ha caído y aprovéchate de cuanto te sea útil y recibe la ciencia aunque sea de labios de quien no es sabio y apodérate del botín del saber, aunque sea de manos de un ignorante...

De todos modos, soy yo mismo el que confieso que no hay mío en esta obra más que su compilación, ni me pertenecen los pensamientos en ella contenidos, sino por su ordenación y catalogación, salvo, claro está, lo que de su pobreza sacó el propio discurso o los versos que extrajo el ingenio...

2.º CONSIDERACIONES SACADAS DE UNA BRIZNA DE PAJA (1).

(*Alif Ba*, I, 178-185.)

Te he sacado, hijo mío, con la luz de la divina gracia, algunas consideraciones literarias y mundanas que sugieren las voces árabes *fall* y *call*. Ahora voy a sacarte, de la voz *alibna* (brizna de paja) citada anteriormente, otras consideraciones ascéticas y eternas. Digo, pues, que la pajueta sugiere la idea de que ha sido creada, y Dios no crea cosa alguna sin razón, sino antes bien para que sirva de indicio que nos guíe al conocimiento de Dios mismo. Ya lo dijo el poeta:

“En toda cosa hay un signo  
Que indica que Dios es único.”

Lo primero que la pajueta indica, como dice un sabio, es que ella es un fragmento de una planta, de un ser vegetal, más perfecto que el mineral, que la piedra, la cual ni crece ni se nutre. En cambio, en este vegetal ha sido creada por Dios una potencia con la que extrae el alimento y se lo asimila por medio de su tronco y raíces que tiene en la tierra. Esas raíces son unas venas que se continúan con las venas exteriores que aparecen en las hojas y que se ramifican de gruesas en delgadas, hasta convertirse en otras tan finas que casi son invisibles por su sutileza. El vegetal no vive, sino mediante ciertas cosas que toma de la tierra, del agua y del aire y que le son propias, pues si se deja a la semilla dentro de una habitación, por ejemplo, ni crece ni se nutre, porque lo que la rodea es el aire no más, el cual, por sí solo, no le sirve para alimento hasta que se combina con la tierra o con cosas engendradas de ella. Es indispensable, ante todo, el elemento principal, el agua... Mas si el agua está sola, tampoco sirve a la planta de alimento, mientras no se mezcla con el polvo y se torna barro. Después ha de penetrar en él el aire, pues si se deja la semilla en [179] tierra húmeda, pero dura y compacta, tampoco crece hasta que le llega el aire y con él se remueve la tierra y se hace suelta... Mas las plantas no se mueven por sí mismas, sino que necesitan del viento que las mueva y agite con fuerza y violencia sobre la superficie de la tierra, a fin de que penetren en ella. A eso alude Dios cuando dice (*Alcorán*, XV, 22): “Enviamos los vientos como fecundadores.” Esta fecundación consiste en que por su virtud se combinan el aire, el agua y la tierra. Pero todo esto no basta, porque todavía el agua y la tierra son frías. Mira, pues, cómo ha obligado Dios al sol, a pesar de su lejanía de la tie-

(1) Todo este largo pasaje es un hábil extracto compendiado de un hermoso capítulo del *Ihía* de Algazel (IV, 73-80), a quien alude Benaxeij de pasada, sin citarlo nominalmente.

rra, a que la caliente en unos tiempos sí y en otros no, a fin de proporcionarle el frío o el calor cuando uno u otro le sean necesarios. Después de esto, cuando ya la planta nace y se levanta de la tierra y fructifica, sus frutos, crudos y duros, necesitan de la humedad para madurar. Mira, pues, cómo ha creado Dios la luna y ha puesto en ella la virtud de humedecer, lo mismo que en el sol puso la de calentar. Así maduran los frutos y colorean por la providencia del sabio Creador. Por eso, si los árboles vivieran a la sombra, privados de la luz del sol, de la luna y de los demás astros, serían imperfectos y enfermarían, hasta el punto de que el árbol pequeño se echa a perder cuando vive a la sombra del árbol grande. La humedad que produce la luna la conocerás descubriéndote la cabeza por la noche, pues de tu cabeza se apoderará la humedad que se distingue con el nombre de constipado. Igual, pues, que humedece la luna tu cabeza, humedece los frutos también. Pero no es esto sólo, sino que cada uno de los otros astros que hay en el cielo sirven también a Dios para producir su respectiva utilidad, como el sol y la luna... [180]

En suma, pues, la nutrición de los vegetales, en cuya virtud existe aquella pajuela o aquesta hierbecilla, no se realiza más que mediante el polvo de la tierra, el agua, el aire, el sol, la luna y los demás astros. Estos, a su vez, no existen, sino en y por las esferas en que están fijados, como tampoco estas esferas logran su perfección, sino por sus movimientos, los cuales, en fin, se deben a los ángeles que las mueven. Así es como las cosas todas se enlazan unas con otras en cadena continua hasta un término que sólo Dios conoce...

Pero dirás: "Referiste que las plantas no existen, sino en la tierra y con el agua, y, sin embargo, yo veo crecer algunas, por ejemplo, en la dura piedra y sobre las tejas del tejado, y veo también a la cebolla vegetar dentro de la cámara. Veo asimismo algunos animales engendrarse dentro del agua sola, sin tierra alguna, como, por ejemplo, en un tarro o en una jarra o en el interior de las frutas. Y en el animal es esto más extraño aún que en el vegetal."

A esto te replicaré que si no fuera por la tierra y el polvo que hay sobre las tejas y la espuma verde que contiene la jarra, aunque sea en cantidad muy pequeña, no verías eso que ves. Y si no, mira un vaso vidriado en donde no pueda adherirse cosa alguna de polvo, a ver si por ventura crece en su interior planta alguna. En cambio, las tejas y las piedras, a causa de lo áspero de su superficie en la cual nada hay liso, permiten que en ellas se deposite el polvo y el agua en cantidad pequeña pero suficiente para que en ellas nazcan las plantas por decreto de Dios y crezcan y arraiguen y se fijen.

Igualmente, de la espuma verde que nace sobre el agua detenida, hay que decir exactamente lo mismo. Y si replicas que la cebolla entallece por sí sola en el interior de la cámara, te responderé que eso no es un principio de vegetación, sino simplemente efecto de un sobrante de agua que quedó en la cebolla, de antes, es decir, de cuando estaba en la tierra. Mira, por otra parte, la sabia providencia de Dios en esa su vegetación, pues no nace sino en la estación en que habría nacido si hubiese seguido dentro de la tierra. A menudo he observado yo la cebolla silvestre, que el vulgo llama “cebolla de cerdo” (1), colgada del horno cabeza abajo y he visto que, a pesar de estar recibiendo mañana y tarde el humo del horno, echaba grillos y hasta hojas y flor, levantando su cabeza hacia el techo... [181].

Y a lo que has dicho de los animales que viven en el corazón de la fruta, te responderé que la razón fundamental es una sola y la misma, a saber: la humedad que en la fruta hay, hace las veces de agua, y su carnosidad espesa hace las veces de tierra, y así cabe que en la fruta se engendre lo que se engendra por el poder del supremo Engendrador y tome forma y color por su sabia providencia.

Estas normas habituales que Dios ha establecido en sus criaturas y estos decretos que para ellas ha promulgado, es decir, el mutuo enlace de unas con otras y su aparición al exterior por virtud de medios y causas, tales como que el hijo sea engendrado de sus dos padres o que el fuego salga del eslabón y la piedra o que la planta nazca de dos elementos, no tiene otra finalidad que servir luego de base para la interrupción del curso habitual de dichas normas por Dios, en favor de los profetas y de los santos: para éstos como gracia y carisma y para aquéllos como milagro y signo de su misión, pues si el profeta dijese: “Mi milagro va a consistir en que os haré tal y cual cosa que vosotros queráis”, y al decir esto se refiere a una cosa que los hombres conocen como habitual, no sería milagro ni nadie asentaría a su pretensión; en cambio, si realiza algo que los hombres son incapaces de realizar, es decir, algo que rompa el curso habitual, ya entonces el milagro tiene valor positivo. Así, por ejemplo, Dios ha establecido como norma habitual que el fuego queme y que el agua ahogue a quien en ella cae, por permisión y decreto divinos; pero a veces vemos lo contrario de esto en los profetas [182] y en los santos...

[183] Pero volvamos a la bendita pajuela. Ella también nos indica

(1) العنصل es la “cebolla albarrana” que los franceses llaman *scille*, de su nombre latino *scilla*, que los médicos árabes transcribieron por أشقيل. El vulgo hispanomusulmán la llamaba “cebolla de cerdo” (بصل الخنزير) y “cebolla de ratón” (بصل الفأر) porque mata a estos animales si la comen.

la existencia del sumo Hacedor, porque toda obra de arte demuestra la existencia de su artífice. Prueba asimismo que su Autor no es de su género ni de su semejanza, sino que es viviente, pues el muerto no crea, y que es artífice, pues que allí está su obra de arte, y que es sabio, pues que una obra perfecta y bien concertada no procede sino de un agente sabio. Hay dos especies de perfección: una que consiste en lo bello y bien acabado de la obra; otra que consiste en que la cosa esté pronta cuando se la necesita. ¿No ves acaso, por ejemplo, cómo crece el feto en el vientre de su madre y la leche se cuaja en los pechos de ésta, y así, tan pronto como el niño nace encuentra ya un dulce alimento? Y asimismo la simiente de la seda (1) está en la cámara y la morera en el huerto; pero el gusano no se mueve de su lugar hasta que la morera comienza a sacar sus hojas. ¡A la verdad que en esto hay un signo de la providencia! Dije mal: hay muchos... ¿No ves también cómo el ave no se mueve en todo el año a cubrir a la hembra, más que cuando llega la estación propia de los frutos en que los árboles echan ya hojas y en que Dios ha de crear el alimento de sus polluelos, que son las langostas o saltamontes y otros insectos? De esta manera, el ave puede hacer su nido en los árboles y ocultarlo entre sus hojas, pues si hiciese su nido en el árbol cuando éste no las tuviese aún, le cogerían sus huevos antes de que los empollase. Y como estos ejemplos hay otros y otros y otros más. Y en todos ellos laten avisos y advertencias. Calcula, pues, por los ejemplos que conoces los que ignoras.

Todo lo que precede es aquella pajueta quien nos lo ha sugerido. Ella, pues, nos indica que Dios es quien gobierna todo cuanto existe, pues no cabe que exista un ser con una determinada forma y figura en vez de otra cualquiera, ni en un momento particular en vez de otro distinto, si no es en virtud de una voluntad que hace existir a unas cosas antes y a otras después. Nos indica también la pajueta que Dios oye y ve [184] y habla y así sucesivamente el resto de los atributos del Creador...

Pero volvamos a la pajueta y encontraremos que de ella, si tratamos de conocerla real y verdaderamente, surge para ti el universo entero, desde el trono excelso de Dios hasta la esterilla, y los artífices todos del cielo y de la tierra, pues, según dice un sabio, no se confecciona el panecillo redondo, sino después de trabajar en su confección más de un millar de obreros diferentes. De modo que, cuando te lo has comido, si luego ofendes a Dios con las fuerzas que de su

---

(1) زريعة الحرير "simiente de la seda" son los granos de los gusanos de seda, antes de nacer éstos. Dozy en su *Supplement aux dict. arab.*, s. v., no atinó a interpretar esta frase, que en español tiene el mismo sentido que en árabe.

alimento sacaste, faltas a la gratitud que a todos esos obreros les debes, a más de ser ingrato para con tu Señor que ha puesto a tu servicio todos los seres que hay en los cielos y en la tierra. Es el primero de ellos el ángel Miguel que saca con medida el agua de los tesoros de Dios y la vacía en la nube que el viento empuja. Siguen luego otros tantos ángeles con el sol, la luna y el aire; después, los ángeles, que Dios envía con la lluvia, uno con cada gota; y asimismo dígase de la tierra, del polvo, de las bestias y de los instrumentos de los oficios; estos instrumentos, a su vez, se fabrican con otros instrumentos, muchos más en número que aquéllos, pues se dice que la aguja de coser no se fabrica por completo, hasta que ha pasado por la mano del obrero que la hace veinticinco veces, en cada una de las cuales se sirve de un instrumento distinto.

Y así sucesivamente se van encadenando unas con otras las cosas, hasta que acaba por no quedar en la realidad y en el mundo cosa alguna ni artífice que no intervenga, pues ese artífice necesitará comer, beber, vestir y casarse, y para todo esto hacen falta comerciantes, escribientes, jueces, gobernadores, soldados (que también tienen que vivir) y murallas y rondas. Todo, pues, está ligado y estrechamente relacionado. Unas cosas reclaman a las otras, hasta el punto de no quedar en la realidad ser alguno, ni grande ni pequeño, para el cual no encuentres camino, partiendo de la cosa más insignificante, como una brizna de paja. Y es que Dios, ser rico y generoso, ha creado pobres a las criaturas todas. El ha dicho (*Alcorán*, XXXV, 16): "¡Oh gentes! Vosotros necesitáis de Dios, y Dios es el rico, el digno de alabanza!" Mira, en efecto, cómo ha puesto en los corazones de los hombres el instinto de asociación y de familiaridad, hasta el punto de que se juntan en un mismo lugar y construyen en su derredor muros que los defiendan contra sus enemigos y edifican sus casas pegadas las unas a las otras y no viven separados como las fieras. Pero, a pesar de todo, aunque tú gastases cuantos tesoros hay en la tierra, no lograrías conciliar entre sí los corazones de los hombres; y, en cambio, Dios los ha unido por la familiaridad social. Y al decir esto, me refiero a los hombres de cualquier religión y de diferentes partidos. Todos viven contentos bajo este aspecto. Porque, a pesar de esa asociación y vida común, en sus temperamentos naturales anidan la ira [185], la envidia y la ambición, que forzosamente conducen a la lucha y a la injusticia. Pero mira cómo Dios los ha sometido a la autoridad de los sultanes y ha dotado a éstos de fuerza y ha infundido en el corazón de los súbditos el temor de las penas, a fin de que los obedezcan con gusto y a disgusto. Mira también cómo ha guiado a los sultanes por la senda del bien del país y de sus habitantes, organizando para ello las varias clases de la sociedad, cual si fueran los miembros del cuerpo humano que se pres-

tan mutua ayuda los unos a los otros; y así, dividen los sultanes las autoridades en gobernadores, juecès, jefes de policia de los mercados, etc., y crean cárceles, esbirros y varias especies de castigos para los rebeldes, a fin de obligar por la fuerza a las gentes a que sigan las normas de la justicia y de la rectitud y se ayuden y se auxilien entre sí, y de esta manera el labrador venga a servirse del herrero, como también el herrero y los demás hombres se sirvan de aquél en la satisfacción de sus necesidades, lo mismo que el herrero, a su vez, necesita, por ejemplo, del fuego, sin el cual no puede pasarse nadie en este mundo para la mayoría de las cosas; el herrero necesita también de un gran número de instrumentos, para los cuales ha menester del carpintero, como éste de aquél; y todos estos artesanos, por otra parte, comen, beben, visten, tienen habitación y se casan; pero cada uno de ellos no hace por sí solo todo eso de que necesita. Trae a la memoria cada una de las cosas de la vida y encontrarás en todas ellas esto mismo. Por otro lado, el sultán necesita también, no sólo esas mismas cosas que los otros hombres, sino que además necesita recaudar dinero para subvenir al sustento de los ejércitos y a la defensa militar de sus súbditos... Después, los sultanes necesitan de los sabios que dirijan la vida religiosa, y los sabios necesitan de los profetas, y éstos de los ángeles que realizan los decretos de Dios. Y así termina todo en el Señor que decreta, en el Ser rico y digno de alabanza. Como de El comenzó, a El vuelve todo a parar.

MIGUEL ASÍN PALACIOS.